

era sino soliviantar los ánimos, desatar las iras demagógicas y tener al país en estado de continua alarma. Sin embargo, como el Rey veía con espanto acercarse la tempestad revolucionaria, llamó al más capaz de los prohombres del partido moderado, á Martínez de la Rosa, encomendándole la formación de un ministerio, que pudiera servirle de escudo. Martínez de la Rosa opuso alguna resistencia; mas, al cabo, dejóse persuadir, aceptó el mando y pudo réstablecer el orden y la autoridad del monarca, con lo que éste cobró valor. También hubo de adquirirlo el clero; que no perdió tiempo y echó al campo en muchos lugares partidas latro-facciosas, que se apellidaron defensores de la religión y del trono. En Castilla, reunió el cura Merino un ejército de la fe, y en Cataluña, los sublevados, favorecidos con armas y dinero por los jefes realistas refugiados en Francia, se apoderaron de las plazas fuertes de Gerona y la Seo de Urgel, en donde se instaló una regencia interina, compuesta del marqués de Mataflorida, el general barón de Eroles y el arzobispo de Tarragona. El fraile trapense, Antonio Marañón, y otros curas y frailes se pusieron al frente de hordas de fanáticos y foragidos, llevando el crucifijo en una mano y el sable, tinto en sangre de sus hermanos, en la otra.

Los progresos que parecía realizar la contra-revolución ensoberbecieron á Fernando VII, que, en su impaciencia, quiso dar un golpe de Estado, excitando á la guardia real á levantarse á su favor; pero el plan se le frustró, pues si bien se sublevaron cuatro batallones de aquella el día siete de Julio, los valientes milicianos nacionales les sentaron la mano, obligándoles, tras cruenta lucha, á rendir las armas. Todavía tuvo bastante paciencia el pueblo para respetar á Fernando VII, que no sufrió más molestia que la de nombrar un ministerio liberal. El levantamiento realista de Cataluña fué vencido por Mina, y la regencia facciosa de la Seo de Urgel se salvó, huyendo á Francia. Viendo Fernando VII cuán ineficaces eran sus esfuerzos para recuperar por sí solo el poder absoluto, redobló las súplicas y lamentaciones con que desde hacía dos años no cesaba de impetrar el auxilio de la Santa Alianza, en general, y de Francia, en particular.

No obstante tener que luchar con tantas complicaciones interiores, estaba resuelta nuestra patria á proseguir la contienda empeñada con sus posesiones de América. Admitiéndolas al goce de la libertad política que acababa de conquistar, creía, con razón, que las privaba de todo pretexto para prolongar su protesta armada. Pero las colonias sublevadas, probablemente por dudar de la estabilidad del régimen representativo, dada la condición de Fernando VII, no se contentaban con menos que con ser independientes. Así la República Argentina, que por un momento pareció dispuesta á negociar con la metrópoli, rechazó después toda propuesta de acomodo. El Paraguay se sustrajo, con el doctor Francia, á la soberanía española. Chile también se había emancipado, gracias á Bohrcane y San Martín, que se apercebían á levantar en armas el Perú, y Simón Bolívar, vencedor en Boyaca, fundó la Confederación Colombina, obteniendo un triunfo decisivo

en Carabobo. En el mismo Méjico, contenido en la obediencia hasta mil ochocientos veinte, prendió el fuego de la insurrección. En esta comarca, el grito se dió principalmente por las instigaciones del partido clerical, enemigo jurado de las Cortes españolas. El ambicioso Iturbide se puso al frente del movimiento, y obtuvo de la complacencia del virrey O'Donojú la conclusión de un tratado, por el que aquel país se constituía en Estado soberano é independiente, debiendo ser regido por el cetro del monarca español ó de alguno de los infantes, con el título de emperador constitucional.

La monarquía atravesaba en Portugal una crisis no menos grave que en España. Las Cortes de Lisboa mostrábanse aún más emprendedoras y atrevidas que las de Madrid. El rey Juan VI, obedeciendo la intimación de aquéllas, había regresado del Brasil en Julio de mil ochocientos veintiuno. Viejo, ignorante y débil, se sometió á los deseos de su pueblo, prestando, como Fernando VII, cuantos juramentos le exigieron, sin estar mucho más dispuesto que él á respetarlos. Al volver á la Península, dejó confiada la administración del rico y extenso territorio brasileño á su hijo primogénito, don Pedro. Había allí una población numerosa que ansiaba romper los lazos que la unían á la metrópoli, y Juan VI, mal aconsejado por la Santa Alianza, autorizó secretamente á su hijo para otorgarle algunas concesiones, imaginándose preservarla por este medio de la influencia revolucionaria de la madre patria. El juego era peligroso, y resultó contraproducente. Puesto el Brasil en camino de reivindicar sus derechos, avanzó por él con paso firme, y ya, á fines de mil ochocientos veintiuno, había adelantado bastante más de lo que el rey Juan deseara. El gobierno de la metrópoli, con su intransigencia, empujaba á los brasileños á la separación. Dióse orden á don Pedro de venir á Europa; mas él permaneció en Río Janeiro y se dejó arrastrar por la corriente, aparentando ceder á la fuerza. Poco después debía convocar, á instancias de los naturales, una asamblea constituyente.

Las revoluciones de España, de América y de Portugal traían desasosegada á la Santa Alianza: Austria, especialmente, que pretendía imprimirle dirección, no apartaba sus ojos de aquellos países. Pero todavía, con reputar grave la enfermedad que les aquejaba, no creía Metternich que envolvese peligro inmediato, ni que fuesen irreparables sus consecuencias; á su juicio, no apremiaba aún el combatirla. Tranquilizábale, sobre todo, que Inglaterra, la única de las grandes potencias interesada hasta cierto punto en favorecer el mal, parecía haber resuelto no fomentarlo, al menos por el momento. El gabinete Liverpool, esencialmente moderado, abominaba de la revolución, y Castlereagh, su ministro de Negocios Extranjeros, era tan acérrimo defensor como Metternich de los principios monárquicos y autoritarios. Por esta parte, pues, también daba tregua al daño.

No ocurría lo propio en Oriente, donde las llamas eran tan voraces y propagábanse con tal rapidez que amenazaban abrasar á Europa. En Moldavia y Valaquia, los movimientos insurreccionales habían sido reprimidos bastante fácilmente. Alejandro Ipsilanti,

acusando á Uladimiresco de traicionarle, le mandó prender é hizo fusilar; mas él, á su vez, repudiado por el Czar, lo pudo resistir á los turcos, que le persiguieron hasta la frontera de Transilvania, la cual debió atravesar en Junio de mil ochocientos veintiuno, siendo internado por las autoridades austriacas. Sin embargo, si la intentona de Ipsilanti habia fracasado y la soldadesca otomana restauraba la autoridad del sultán en los principados talando el pais y exterminando á los habitantes, en cambio, en el centro y en el sud de la península de los Balkanes, la insurrección tomaba más incremento cada dia. El Peloponeso, la Grecia continental, las islas, el mundo helénico casi entero se habia alzado á la voz de los heteristas. Los valientes marinos de Hidra, de Psara, de Spetzia recorrían el Archipiélago, aterrorizando á los almirantes turcos con su audacia. En tierra firme, Navarino y Monembasia caían en poder de los sublevados. Después de seis meses de sitio, era tomada al asalto la importante plaza de Tripolitza. En Junio de mil ochocientos veintiuno, se estableció un senado director en Morea; en Septiembre, otro en la Grecia oriental; en Octubre, un tercero en la occidental; y en Enero de mil ochocientos veintidós, una asamblea general, en que estaba representada toda la nación, iba á reivindicar, á la faz de Europa, los derechos de un pueblo oprimido durante tantos siglos, y á preparar su triunfo organizando un poder central. En cuanto al gobierno turco, la insurrección le habia sorprendido. Le faltaban elementos pecuniarios y tenia parte de sus tropas empleadas más allá del Danubio, al paso que la otra parte, la mayor, guerreaba, desde mil ochocientos veinte, contra el bajá de Epiro, que, aunque mermadas sus fuerzas, seguía resistiéndose. Con todo esto, aumentaban las probabilidades de triunfo por parte de los griegos. Parecía tanto más segura la victoria de los helenos y tanto más próxima la ruina del Imperio Turco, cuanto que se esperaba fundadamente no quedasen aquéllos abandonados mucho tiempo á sus solos recursos. La *gran potencia*, cuyo concurso prometiera Alejandro Ipsilanti á los cristianos de Oriente, se preparaba á acudir en su auxilio, por más que los gobiernos que querían mantener á toda costa el *statu quo* en Constantinopla comenzasen á moverse, para quitar el peligro de semejante complicación.

Como sabemos, el emperador Alejandro renegó en Laibach de la causa de los griegos, y Metternich se vanagloriaba de haberle separado de ella para siempre. En esto se equivocaba el canciller austriaco. La conversión del Czar no era tan firme que algunos de sus consejeros, como los Capo de Istria, los Pozo di Borgo, los Strogonoff, no lograsen interesarle otra vez en favor de los insurrectos, estimulándole á aprovecharse de las circunstancias para realizar al fin el programa tradicional de la diplomacia rusa. Al regresar á sus Estados en Junio de mil ochocientos veintiuno, pudo comprobar por sí mismo en Varsovia, y todavía más en San Petersburgo, cuán popular era entre sus súbditos la idea de la independencia helénica. Operábase en su Imperio un gran movimiento nacional y religioso, que revestia el carácter de cruzada. ¿Acaso, le decían, no estaba él encargado por las

convenciones de proteger á los cristianos *ortodoxos* de Oriente, en quienes, en aquellos momentos se ensañaba la crueldad turca con escándalo del mundo civilizado? Mahmud acababa de dejar colgar á la puerta del serrallo el día de Pascua y revestido de sus hábitos pontificales, al anciano Gregorio, patriarca de Constantinopla. Otros muchos obispos habían sufrido la misma suerte. Los turcos asesinaban á los cristianos, arrasaban sus casas, violaban á sus mujeres. No respetaban á los súbditos de Alejandro, al punto de ser los navíos rusos detenidos en el Bósforo. Los principados continuaban siendo teatro de los excesos y crímenes más repugnantes. El Sultán habia proclamado la *guerra santa*; ¿no debía recogerse el guante en nombre de Cristo?

Así lo creían casi todos los rusos, y el emperador Alejandro, compartiendo su opinión, decidióse á enviar á Mahmud, por conducto de Strogonoff, embajador moscovita en Constantinopla, un *ultimátum*, que era un verdadero desafío. «La Sublime Puerta, se decía en el referido documento, coloca á la *cristiandad* en el caso de preguntarse si puede permanecer como espectadora indiferente del exterminio de un pueblo cristiano, si puede tolerar tantos insultos á la religión, si puede admitir la existencia de un Estado que amenaza turbar la paz de Europa comprada á costa de tantos sacrificios.....», y á continuación se declaraba que el Imperio turco se constituiría en estado de franca hostilidad contra el mundo cristiano, si en el término de ocho días no aceptaba de manera formal las condiciones siguientes: levantar las iglesias destruidas y reparar las maltratadas por el fanatismo musulmán; asegurar al culto cristiano garantía y protección serias; distinguir en las provincias, teatro de la guerra, á los inocentes de los culpables, y no molestar á los rebeldes que se hubiesen sometido ó se sometieran en el plazo que se señalase; restaurar en los principados danubianos el régimen prescrito en los tratados, y alejar de ellos sin demora á las tropas turcas. Este *ultimátum* llevaba la fecha de veintiocho de Junio, y el cuatro de Julio, el Emperador de Rusia dirigía una nota á las otras cuatro potencias de la quintuple alianza, donde se esforzaba en demostrarles que no habia inconsecuencia en su conducta ni intención oculta en su programa; que en la península de los Balkanes, como en todas partes, la revolución tendria en él su mayor enemigo y el orden su más resuelto soldado, y que era natural que la Santa Alianza le confiase el encargo de combatir á la primera y de restablecer el segundo, á imitación de lo que hiciera con Austria en Italia. Por tanto, les preguntaba expresamente: ¿cuál sería su actitud si llegaba á estallar la guerra entre Rusia y Turquía? ¿qué sistema propondrían para reemplazar la dominación otomana, si ésta cesaba por consecuencia de la guerra? Alejandro, pues, consideraba abierta la sucesión turca, y ni él ni sus ministros se recataban de decir que el fin del *ultimátum* era provocar á la Sublime Puerta y que, á su entender, las hostilidades se romperían inmediatamente.

Rechazadas con altanería por Mahmud las conminaciones del gobierno de San Peters-

burgo, Strogonoff abandonó á Constantinopla, quedando interrumpidas las relaciones diplomáticas entre las dos potencias. Europa se conmovió, suponiendo que la temida lucha iba á comenzar sin tardanza, dando gran verosimilitud á esta hipótesis la aparente resolución de Alejandro, que empezó á acumular tropas en las provincias meridionales de su Imperio. Pero en el momento crítico de disparar el primer cañonazo, renacieron las vacilaciones del autócrata ruso, que quiso, como de costumbre, seguir el impulso de sus miras particulares, sin perjuicio de mantener la solidaridad pactada en el acta de veintiséis de Septiembre de mil ochocientos quince. Ahora bien, estos dos deseos eran inconciliables, porque dos grandes naciones, Austria é Inglaterra, no admitían en manera alguna que se pusiese siquiera en tela de juicio la existencia del Imperio turco; así es que Metternich y Castlereagh, antes de contestar oficialmente á la nota de cuatro de Julio, representaron al Czar, en comunicaciones confidenciales, que «los acontecimientos de Oriente no eran sino una de las manifestaciones del espíritu organizado de insurrección, que se propagaba sistemáticamente á través de Europa, saltando con violencia donde quiera que la acción del poder estaba debilitada por una ú otra causa». En concepto de ambos diplomáticos, la bandera de la revolución no merecía más respeto en Grecia que en Italia, debiendo dejarse á la autoridad legítima, es decir, á la Puerta, el cuidado de combatirla. Verdad es que la suerte de los griegos inspiraba compasión; pero no podía aspirarse á mejorarla sin trastornar el sistema actual de Europa, siendo de presumir por otra parte, que la *locura frenética* de los otomanos se apaciguara por sí misma, cuando el sultán se convenciese de que su vecino no estaba en connivencia con los rebeldes. «La Puerta, añadían, no hace más que defenderse; los agresores son los helenos».... «Tal vez la Providencia, terminaban refiriéndose á Alejandro, no le ha presentado nunca tan buena ocasión de dar al mundo y á la posteridad elocuente testimonio de sus principios, como la que hoy le ofrece, permitiéndole demostrar, hacia un gobierno fanático y semi-bárbaro, ese grado de moderación y magnanimidad que sólo el espíritu religioso y el entusiasmo por el sistema que su Majestad Imperial ha contribuido tan eficazmente á instaurar, puede inspirar á un príncipe armado de tan gran poder». Sonaban casi á burlas estas palabras, y Alejandro estuvo tentado á reputarlas por ultraje. Empero, ciertas noticias que recibió de Alemania, le hicieron temer que Austria é Inglaterra no limitasen su oposición á simples epigramas. Jorge IV había ido á Hanóver, so pretexto de visitar aquellos Estados hereditarios de su casa; pero su viaje obedeció realmente al propósito de facilitar á Metternich, que por los mismos días llegó á Hanóver, la ocasión de convenir con Castlereagh, de quien Jorge se hizo acompañar, la línea de conducta que ambas potencias debían trazarse en lo tocante á la cuestión de Oriente. El acuerdo fué oponerse á la guerra entre Rusia y Turquía; repetir á Alejandro que el único enemigo temible era la revolución, é interponer su influencia para separar de los consejos del ruso á Capo de

Istria, á quien no sin razón se atribuía la principal parte de responsabilidad en las nuevas disposiciones del voluble Emperador. Conformes ya en todo, Austria y la Gran Bretaña contestaron á la nota del gobierno de San Petersburgo, de cuatro de Julio, diciendo que no les incumbía á ellas determinar el sistema con que debiera reemplazarse en Oriente el régimen actual; Rusia era quien estaba en el caso de exponer su opinión, en el bien entendido que, cualquier proyecto encaminado á desmembrar el Imperio turco suscitaría la protesta unánime de las potencias europeas. Los gabinetes de Viena y Londres se brindaban á gestionar lo necesario para que el Sultán diese al Emperador de Rusia las satisfacciones que procedieran, á tenor de los tratados; mas, respecto á los griegos, por digna de interés que fuese su situación, los hombres de Estado, «á quienes no era lícito sustituir los dictados de la razón con los impulsos del sentimiento», habían de circunscribirse á expresar su deseo, de que «el transcurso del tiempo y la Providencia trajesen á sus males el alivio que no podían procurárseles sin quebrantar otros deberes». ¡Tal era el lenguaje de aquellos farisaicos defensores del orden y el derecho! ¡Vergüenza é indignación causa el recordarlo!

La inteligencia anglo-austriaca contuvo por el pronto las veleidades guerreras del Czar, que juzgó oportuno no precipitar los sucesos. Por otra parte, las proposiciones rusas no habían sido mejor acogidas en Prusia y Francia que en Austria é Inglaterra. La corte de Berlín seguía encadenada á la política de Viena, y ninguna esperanza cabía fundar en ella. En cuanto á Francia, el gobierno ruso se mostró pródigo en seductoras promesas para arrastrarla á su política, llegando el emperador Alejandro á decir á La Ferronnayo, embajador de Luis XVIII: «Abrid el compás desde el estrecho de Gibraltar hasta los Dardanelos, ved lo que os conviene, y contad, no sólo con el consentimiento, sino con el auxilio sincero y eficaz de Rusia... Es preciso que los turcos sean arrojados bien lejos, y que todo el mundo se arregle... Rusia es hoy la aliada natural de Francia...» Richelieu, sin embargo, preocupado con los asuntos de España, temía proporcionar pretextos á Inglaterra para reconocer la independencia de los nuevos Estados americanos, y no se atrevió á embarcarse en la aventura oriental. De otro lado, á los pocos meses lo derribaba del gobierno una coalición parlamentaria de los *ultras* y los liberales, protegida secretamente por Inglaterra y Austria, y Villele, su sucesor, cuyo advenimiento al poder aplaudieron Metternich y Castlereagh, estaba menos dispuesto aún á secundar los designios del emperador Alejandro.

Los griegos, mientras tanto, continuaban peleando valerosamente por su independencia, á pesar de los celos y rivalidades que dividían á sus jefes. Los mainotas, Pedro Maurocatis y Teodoro Kolokotronis, que eran los caudillos más importantes, andaban desavenidos, lo mismo que sus partidarios, y la llegada de Demetrio Ipsilanti, el hermano de Alejandro, en vez de disminuir, aumentó los odios y disensiones. Todos pretendían ser